



## CARTA DE MADRID

### *A la espera de los bombarderos*

Yo no sé qué esperan todavía. Las noticias sobre el inconmensurable poder de las redes de narcotráfico mundiales van cayendo día tras día, y, curiosamente, apenas si encuentran eco, como si no hacer caso de ellas y fingir no enterarse fuera lo conveniente. La prensa dedica grandes titulares a las misérrimas capturas ocasionales de alijos de droga (con patinazos tan patéticos como el del barco *Privilege* recientemente: nuestras autoridades varias han hecho un ridículo del tamaño de tres carabelas), y en cambio despacha en escasas líneas las informaciones más estupefacientes respecto a la riqueza y la capacidad organizativa de las mafias, que no sólo distribuyen y venden, sino cultivan, confeccionan, producen y exportan toda clase de sustancias,

según la población las reclame.

“No me van a creer en Washington”, cuentan que exclamó atónito el director de la DEA (agencia norteamericana contra las drogas) en Colombia, Leo Arreguín. Lo dijo al verse, hace unas semanas, frente a un submarino de treinta y seis metros de largo y cuatro de alto, con cabida para quince toneladas de cocaína. Y añadió: “Nunca en mis treinta y dos años trabajando con la policía había visto algo como esto. Estoy impresionadísimo”. Y a continuación el pobre hombre pidió una cámara con urgencia, para que, con las fotos del hallazgo, en su país dieran crédito a los hechos y no lo tomaran a él por loco. Por su parte, el agregado de la embajada rusa, de cuyo país resultó ser la tecnología del invento, “quiso ver para creer, pues estaba convencido de que se trataba de una broma”. No era para menos. ¡Un submarino! Como si esos chismes los pudiera fabricar o se los pudiera agenciar cualquiera. Para mayor

asombro, no fue hallado bajo ningunas aguas, sino en una bodega situada a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, y en un paraje que dista setecientos kilómetros de la playa más cercana. Pesaba ciento cincuenta toneladas. Su estructura admitía diez tripulantes, le permitía navegar a cien metros de profundidad y mantenerse sumergido hasta seis horas seguidas. El juguete habría costado unos diez millones de dólares, es decir, al brutal cambio actual, cerca de dos mil millones de pesetas.

También llegan de vez en cuando otras cifras y datos: el caudal de dinero que mueve anualmente al narcotráfico es muy superior al PIB de numerosas naciones, y no sólo de las más desarraigadas. En lugares “productores”, como Colombia, Bolivia o México, la cantidad de personas al servicio de esa “industria” se cuenta por millares. En muchos de estos países, y en otros más estrictos, el soborno de quienes teóricamente combaten las mafias alcanza a menudo hasta a jefes de policía, generales del ejército y ministros de los gobiernos. Hay equipos de fútbol que, bajo tapadera, pertenecen por entero a los narcotraficantes, como también bancos, empresas, tiendas de lujo, restaurantes, hoteles, casinos, constructoras y cuanto quieran imaginar. En algunos países se sospecha que quienes de verdad gobiernan son estas bandas, en la sombra. O ni siquiera: en la penumbra. Son legión los políticos que les pertenecen.

Una de las más importantes virtudes de los buenos estrategas bélicos es la de saber cuándo una batalla o una guerra no pueden ganarse; y cómo, entonces, sacar el mayor provecho posible del armisticio o la derrota, cuando aún se está a tiempo de poner condiciones. Yo no entiendo cómo los gobiernos del mundo no han dado aún el único paso que no sólo dañaría de veras a estas organizaciones delictivas y casi las dismantlaría de golpe, sino que además —y aunque fuera cínicamente— los beneficiaría mucho a ellos, y, de paso, a la ciudadanía adicta a las sustancias. Sobre todo cuando ya hubo la lección de la famosa Ley Seca americana. En

cuanto el alcohol se legalizó de nuevo, los gánsters enriquecidos con su contrabando sufrieron una merma mortal de ingresos y hubieron de dedicarse a otros asuntos. Si la gente quiere algo —sea por lo que sea, en eso no me meto—, ya se ve que acaba obteniéndolo, y que hay siempre unos vivos, arriesgados y faltos de escrúpulos, dispuestos a proporcionárselo. Si la compra y el consumo de drogas no fueran ilegales, y estuvieran regulados y controlados de alguna forma por los Estados, los consumidores tendrían más garantías, habría muchos menos crímenes y las mafias se harían poco menos que innecesarias. Y también cabe que, si las diversas sustancias ya no fueran prohibidas, perdieran parte de su atractivo y resultarían menos tentadoras, en especial para los jóvenes. En la actual cruzada, en cambio, los gobiernos no sólo llevan las de perder claramente, sino que sólo contribuyen a engordar las cuentas de los narcotraficantes. Un submarino. Naranja, para más señas. ¿A qué se espera, a que dispongan de bombarderos con cabezas nucleares? Si es que aún no los tienen.

— JAVIER MARÍAS

## LITERATURA

### *La ley de Heisenberg*

He aprendido a no negarme a esas lecturas “livianas” acusadas de malversar preciosas reservas de tiempo. Cuando *Lolita* en español siguió de muy cerca a la primera edición inglesa y a su escándalo, el libro se forraba para esconderlo y el elogio escrito era arriesgado. Los tiempos corren, los Nabokov no se dan en gruesas, pero a veces se sigue desconfiando del escritor que nos lleva de la nariz con una inventiva estimulante. Pero hace ya bastante caí en el divertido conglomerado Malaussene de Daniel Pennac, cuyo personaje absorbe catastróficas peripecias en *Au bonheur des ogres*, *La fée Carabine*, *La petite marchande de prose*, *Mon-sieur Malaussene*, *M. Malaussene au théâtre* (donde Pennac cambia de género), *Mes-*

*sieurs les enfants* y ahora, en *Les fruits de la passion*, que nació con el nombre de *La passion selon. Thérèse* como folletín de *Le Nouvel Observateur*. Quizás haya disminuido algo su capacidad de trenzar un delirante y bien tramado rompecabezas de situaciones explosivas. Quizás, ya sabemos qué esperar de los amables seres que sostienen la comedia humana del Belleville literario, aunque no importe saber si el barrio bien real y políglota de París se corresponde con él. Pero el estilo de Pennac, brillante e imaginativo, sigue corriendo sin arrecifes. La serie de Malaussene ya gana en español lectores que de seguro no se olvidan de las epilepsias cargadas de anuncios de Julio el perro, del fiel clan árabe que intenta acolchar la complicada vida de Benjamín y de las singulares criaturas que pesan sobre sus hombros. Además, mientras los racismos abrumen a los otros —casualmente pobres— este ejercicio de verdadera simpatía quizás no resulte ni superficial ni inútil.

\*

Cada tanto, la prensa, imaginándonos faquires de la resistencia espiritual, nos acerca al alma, como carbones encendidos, diferentes facetas del horror. Desde Alemania: dos perros *pit bull* entraron al patio de una escuela e hicieron pedazos a un niño. Mi guía Marabout, del 78, con cuya ayuda a veces imagino qué clase de perro tendría de ser yo sedentaria, ignora a esta raza porque es relativamente nueva; pero no lo es tanto como para no ser responsable de anteriores atrocidades. Como su instinto está orientado hacia el ataque eficaz, algunos países hacen tiempo que han prohibido su cría y tienen severas disposiciones respecto a su circulación.

Recuerdo de inmediato dos ejemplos literarios más o menos recientes que registran el horror de un perro adiestrado para matar. Uno aparece en *Los perros negros* de Ian McEwan: una joven recién casada es atacada cerca de un pueblo francés por unos perros que la Gestapo abandonó cuando la derrota alemana y cuyo salvajismo se ha acentuado. Logra defenderse de ellos, pero

no sin que se transformen en la encarnación del Mal y marquen para siempre su matrimonio y su vida. El otro ejemplo está en *La doctrina del Sainte-Victoire*, de Peter Handke. Aunque los separa una alambrada, el encuentro del protagonista con un dogo que guarda los terrenos del cuartel de la Legión Extranjera cobra un peso muy importante dentro del libro, tanto como la propia montaña pintada por Cézanne: el hombre comprende que es odiado por el perro por estar sin armas y sin uniforme y por ser simplemente el que es. El animal ha aprendido a atacar lo diferente de sus dueños. Como en McEwan, el ser humano reconoce el Mal en terrorífica concentración, pero en el caso de Handke el horror es superado: “el perro queda en una hondonada, en un camino, en forma de montón de barro”. Aunque sea mucho más usual el empleo literario del Buen Perro, el perro diabólico viene de tradiciones milenarias, como los *Devil's Dandy Dogs*, que andan en manadas y sí, suelen ser negros; pero también los hay blancos y, los más fantásticos, verdes. Al parecer el único recurso para detenerlos es una oración. Pero me temo que no habría funcionado contra los *pit bull*.

\*

“En el dos mil”, breve poema de Montale, merecería haber sido muy citado en este todavía cercano ingreso al que será el siglo más catastrófico de la historia, si nos atenemos a la justificada angustia de los ecólogos. Quizás el terror al que alude el poeta sea de índole más metafísica que el que aquéllos convocan. Pero la distracción general también puede tener su origen, precisamente, en ese remate que nos toca a todos. Me permito intentar su traducción:

Estábamos indecisos entre/ alborozo y terror/ ante la noticia de que el *computer*/ reemplazará la pluma del poeta./ En mi caso, no sabiéndolo usar,/ me reduciré a fichas/ que guarden los recuerdos/ para luego juntarlos al azar./ .../ Ahora qué me importa/ si la vena se extingue./ Conmigo una era concluye. —

— IDA VITALE

*Heberto Padilla al vuelo*

**H**eberto Padilla era nervioso, eufórico, incisivo, alcanzaba en la conversación momentos de brillo insuperable. Nunca parecía cansarse de analizar situaciones y de saltar de una conclusión a otra, sin perder el hilo conductor. Amaba toda la poesía del mundo, pero sobre todo la del romanticismo inglés —John Keats, Shelley, Byron—, que conocía a fondo y que recitaba con gusto, a voz en cuello; y la de algunos latinoamericanos. Tenía un espíritu provocador, que no bajaba la guardia en ningún momento, incluso en circunstancias peligrosas, y practicaba con verdadero exceso los hábitos de la confesión a gritos y del arrepentimiento. No es extraño que en un momento dramático haya hecho una autocrítica difícil de creer. Siempre ponía gran atención en las autocríticas más célebres del mundo comunista y es probable que se hubiese imaginado la suya desde mucho antes.

A pesar de la distancia, tenía un conocimiento sensible, curioso, de los universos mentales de la Rusia posestalinista, conocimiento enriquecido por la lectura de los clásicos rusos del siglo XIX y de comienzos de la era soviética. En otras palabras, desde Gogol y Dostoievski hasta Vladimir Maiakovski, sin olvidar a su contemporáneo y amigo Eugenio Evtuchenko. Emir Rodríguez Monegal, el gran crítico uruguayo, a propósito de mi retrato de Padilla en *Persona non grata*, escribió que le había parecido un “Stravogin del Trópico”, un personaje de *Los endemoniados* de Dostoievski.

El problema de Padilla en su famoso “caso” consistió en que calculó mal. Creyó que su prestigio internacional, sus amistades con escritores conocidos, su falta de toda influencia política, lo protegerían de cualquier acción clara y decidida en su contra. Pero en el caso suyo intervino un factor imprevisto, nuevo, que ninguno de nosotros supo medir a tiempo. Fue la relación del régimen castrista con la Unidad Popular

de Salvador Allende, fenómeno que sacaba al castrismo de su sofocante aislamiento en América Latina. Padilla fue acusado de darme datos y comentarios negativos sobre lo que sucedía en el interior de Cuba, datos que yo, en mi calidad de representante diplomático, naturalmente transmitía a las autoridades allendistas. Ya no se trataba de un pecado de simple frivolidad intelectual. Era, en los tiempos que corrían, en la dimensión policial que había alcanzado esa atmósfera, en su incesante delirio, un delito de alta traición. El caso Padilla, por ese motivo, estuvo a punto de ser mi propio caso. Fui acusado con severidad y con furia por el régimen de Castro ante el gobierno chileno. Pero las costumbres políticas de Chile, hasta entonces por lo menos, eran muy diferentes. Las acusaciones cubanas fueron recibidas con indiferencia, con algo de sorna, y pude seguir viaje a París y reanudar mi trabajo en la embajada chilena, junto a Pablo Neruda, con una relativa calma. Insisto en lo de relativa. Mi idea actual es que Chile, en contacto con la versión caribeña de la Guerra Fría, cambió para siempre, y creo por desgracia que para mal.

Ahora recuerdo a Heberto Padilla en mangas de camisa, fumándose un “tabaco” enorme, bebiendo un “extraseco en las rocas” y hablando, con asombro, con burla, con lucidez implacable, de la Historia con mayúscula. Su poesía me parece una prolongación de aquellas conversaciones y de esa incesante reflexión. Sus versos adoptaban un tono coloquial reflexivo que venía de la mejor tradición moderna: de Cavafis, de T. S. Eliot, de César Vallejo, y hasta de nuestro Nicanor Parra. En sociedades más cultas, menos atormentadas, menos castigadas por sus inflexibles y celosos caudillos, habría obtenido el reconocimiento debido y ocupado un lugar de honor. Pero estamos muy lejos de todo aquello. Por eso murió solo, en su oficina de profesor universitario, en algún campus del fondo de los Estados Unidos, mundo para él, como para nosotros, vasto, ancho y ajeno. A nosotros, los que hemos conseguido sobrevivir,

nos toca recordar con emoción, con tristeza, con el asombro admirativo de los comienzos, y dar testimonio.

— JORGE EDWARDS

## CARTA DE BARCELONA

*Un pirata del Caribe*

**T**res años se cumplen ya este mes del premio Rulfo a Juan Marsé. Con él cené y bebí tequila, el otro día, en un restaurante de Barcelona. Le dije que me proponía escribir sobre ciertos equívocos que se han creado en torno a su obra y de paso contar cómo un joven aprendiz de joyería y golfo de barrio se sintió de pronto atraído por la llamada de la literatura. Aún estoy esperando que me pregunte qué equívocos eran esos. Tampoco se interesó por saber por qué quería escribir sobre sus orígenes como narrador.

—Oye —se limitó a decirme—, si vas a hacer eso, procura divertirte.

Si algo le aburre especialmente a Marsé es hablar de sí mismo. Tiene un alto sentido de la amistad, pero no de la paciencia, de la que no quise pues abusar esa noche. Me hubiera gustado decirle que estoy interesado en los procesos por los cuales alguien se siente impulsado a escribir. Pero no quise darle la lata. Sé que a Marsé le gusta más hablar de culos de mujeres o contar sueños de juventud a su amigo Juan de Sagarra o maldecir al nacionalismo catalán y a todos los otros nacionalismos, de los que Marsé desconfía. Como me dijo la otra noche en Barcelona: “No me fio ni un pelo de los nacionalismos ni de sus banderas, no me fio de los himnos, ni de la historia oficial, ni de sus monumentos, ni de su mística patrioteria; me parecen formas larvadas de narcisismo, petulancia y desdicha”.

Me habría gustado contarle esa noche de cena y tequila que en mi opinión se equivocan quienes creen que el escenario de sus libros es el barrio barcelonés donde pasó su infancia. Yo creo que quienes piensan esto andan tan equivocados como los que creen que Marsé siempre escribe la misma novela. Y es

que en realidad el escenario de los libros de Marsé es un barrio mental muy amplio, mundial. Es un territorio de ficción y no ese barrio barcelonés donde, dicho sea de paso, vivo yo desde hace 25 años. Ese barrio mental y mundial es más bien un cóctel muy flexible de antiguas barriadas: la de La Salut y el Carmel, las del Guinardó y Gracia, pero también las de un barrio de fría luz de Shangai, por ejemplo. En fin, un territorio mental en constante expansión, un barrio inventado por el narrador menos intelectual –se molesta mucho si alguien le aplica este adjetivo– que hay en este mundo.

Un barrio inventado y en continua expansión. Tan grande es la expansión que Marsé, el menos intelectual de todos los premios Rulfo, ha llegado incluso a citar últimamente, en entrevistas, a los intelectuales Kafka y Canetti. Desde aquí cariñosamente le envío, desde el barrio de su infancia, una cita de Canetti a propósito de la expansión: “Kafka ha influido demasiado en mí en estos últimos años. Me ha quitado el gusto por la expansión, que era el aliento de mi vida”.

La expansión mental de su territorio de ficción comenzó en el mismo instante en que cruzó una calle y se escapó del barrio de su infancia y se puso a escribir, es decir, se puso a canalizar su gusto por la expansión, a vivir con renovado aliento en su barrio a base de inventárselo, a base de aventurarse –como un pirata caribeño– en lo que estaba más allá de los límites físicos del mapa de su infancia, a base de adentrarse en el espacio en blanco de la primera página del mundo, de su nuevo mundo.

Para irse del barrio y al mismo tiempo quedarse en él para inventarlo, lo primero que hizo Marsé fue cruzar una calle e ir más allá de la casa de Tina (la protagonista de su primera novela, *Encerrados con un solo juguete*, María en la vida real), su primer escaqueo sentimental. La memoria de Tina está ligada a los días en que el joven Marsé, aprendiz de joyero, iba a la plaza Rovira y, en una librería que no existe desde hace medio siglo, alquilaba novelas que leía

con toda voracidad y que le servían, junto a sesiones continuas de cine, para escapar de la mediocridad de la siniestra época en que le había tocado vivir: “Era un tiempo muy curioso: Si no te jodían unos, te jodían los otros”.

Le contaba Juan Marsé a Marcos Ordóñez en un brillante reportaje de hace años: “En esos días leía muchísimo, todo lo que pillaba. Balzac y *El Coyote*, Stendhal y Salgari, Stevenson y Edgar Wallace. Y las novelas de la Biblioteca de Oro y la *literatura seria* que publicaba José Janés y cuyos máximos exponentes eran Somerset Maugham y Lajos Zihaly... Y los descubrimientos: *Santuario* de Faulkner, en la edición de Austral”.

Al aprendiz de joyero el libro de Faulkner le entusiasmó, le gustó tanto que en el servicio militar, como un idiota, se lo pasó a un capitán que le pidió algo para leer y de poco no le arresta. “¡Le he pedido una novela! ¿No sabe usted lo que es una novela? ¡Una del oeste, coño!”

Ya en la misma primera página de la edición de Austral de *Santuario* encontramos un diálogo que debió impresionar al joven Marsé, al futuro joyero de la literatura, entonces aprendiz. Dos personas se encuentran y parecen llevar ambas una pistola en el bolsillo. Sin embargo, lo que lleva una es un libro, la otra un pañuelo para este valle de lágrimas faulkneriano, donde si no te joden unos, te joden los otros. La del pañuelo se llama Popeye.

“¿Lee usted libros? –preguntó Popeye”.

Muchos años después, en 1982, encontramos la fantasmal pistola en la primera línea de *Un día volveré*: “Néstor tenía 16 años y aún llevaba la armónica sujeta al cinturón como si fuese una pistola”. Y también en la última línea de ese libro, cuando el padre le dice al hijo que acaba de mear al fondo de un metafórico solar lleno de escombros: “Bien, esconde tu pistolita y vámonos”.

Queda bien claro que Marsé, por si acaso, siempre ha mantenido el dedo en

el gatillo de la memoria. Comenzó a hacerlo en el servicio militar en Ceuta, en el año 1954. Allí empezó a escribir. Al principio eran tonterías para el periódico del cuartel. Le cogió gusto y se encontró escribiéndole a María unas cartas larguísimas, páginas y páginas, en las que evocaba su infancia en el barrio. Aquellas cartas se convertirían en la base de *Encerrados con un solo juguete*. A su regreso de Ceuta se las pidió a María porque intuyó que podían convertirse en una novela, como así acabó siendo. Después vendría la historia del Premio Biblioteca Breve declarado desierto; las últimas tardes con Tina (a la que pronto

sustituiría Teresa; el nacimiento del breve mito del “escritor obrero”; su amistad con Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, que fueron personas decisivas en su formación, no sólo literaria sino



Juan Marsé

también y, sobre todo, cívica.

El resto de la historia ya es conocido. Y quien no lo conozca lo encontrará leyendo las novelas de Marsé, que constituyen su verdadera y única biografía autorizada. No es verdad que haya escrito –aunque a veces él así lo piensa– siempre la misma novela. Parece paradójico pero, paralelo a la expansión de la geografía mental de su barrio inventado, se ha adueñado de su mundo y de su estilo narrativo un fenómeno de condensación o de destilación progresiva, cada vez más involucrado en un viaje de *inmersión*, de búsqueda de lo esencial, como si estuviera viviendo y escribiendo últimamente “con los ojos vueltos –que diría Michaux– a la cuenca interior”.

Lo único que con el tiempo no ha cambiado en él es su manera de reaccionar ante la realidad. Al igual que cuando su abuela le contó la verdad y sólo la verdad sobre sus padres, algunos hechos él no se los cree del todo, o no le interesa creerlos, hasta que pasa el tiempo, hasta que el tiempo los ha transfigurado. Carga con el fardo de las ilusiones cumplidas a medias, o torcidas, o muertas. Cuando se le habla de

esto, cita a Canetti: “Queda muy poco de lo que soñábamos de jóvenes, pero ¿cómo pesa ese poco!”

Al escritor menos intelectual del mundo incluso le gustan algunas cosas de las que escribe, pero nunca se consolará de no haber sido Clark Gable o Gary Cooper o un pirata caribeño del siglo XVI. Suele explicarle a su amigo Juan de Sagarra que de niño soñaba con ser un gran pianista que recorría el mundo entero enamorando a las señoras y que eso es mucho mejor que esa manía por escribir novelas.

— ENRIQUE VILA-MATAS

## POLÍTICA

### *El renacimiento de Serbia*

En su hermoso libro, *Black Lamb and Grey Falcon*, Rebecca West deploraba la destrucción de la prometedora cultura serbia a manos de los otomanos en el siglo XIV. Su voz no hacía más que repetir la de todos los serbios que han lamentado por más de quinientos años los siglos perdidos. Cuando Rebecca West publicó su libro en 1941, Serbia vivía un episodio más de su trágica historia: la cruenta invasión nazi. La liberación nativa estuvo acompañada de una feroz guerra civil en Serbia y una guerra fratricida aún más sangrienta, entre serbios y croatas. El líder triunfador, Josip Broz Tito, establecería un régimen que daría a toda Yugoslavia unos decenios de paz a costa de enterrar la libertad y encubrir no sólo las heridas del pasado y los agravios entre los grupos étnicos y religiosos que conformaban Yugoslavia, sino también los poderosos nacionalismos locales. A la muerte de Tito, Slobodan Milosevic, un comunista aparentemente mediocre, maestro en la intriga tras bambalinas, consolidaría su poder montado precisamente en el nacionalismo serbio que Tito había pretendido ignorar. Milosevic sobrevivió trece años en el poder. En ese corto lapso acabó con Yugoslavia y ensangrentó Croacia, Bosnia y Kosovo, mientras destruía la economía serbia. En julio de 2000, seguro de que

saldría avante de una prueba más, se sometió a las urnas para extender su periodo presidencial unos años más. Para su sorpresa, la elección se convirtió en un veredicto político: más de 50% de los votantes apoyó a la ODS, una coalición de 18 partidos de oposición y a su candidato, un suave y melancólico abogado constitucional llamado Vojislav Kostunica. Pero la derrota de Milosevic no hubiera sido posible si la sociedad civil no se hubiese organizado para defender el triunfo electoral de Kostunica a través de paros y movilizaciones masivas.

La caída de Slobodan Milosevic es tan sólo el fin del principio. Kostunica deberá ahora institucionalizar esta nueva “revolución de octubre”, construir un gobierno y mantener, a la vez, el orden constitucional. Cada una de estas tareas es de una complejidad aplastante. Vojislav Kostunica ganó las elecciones para la presidencia federal de la nueva Yugoslavia —cuyos miembros son la propia Serbia y Montenegro—, que renovaron, asimismo, el Parlamento federal. Sin embargo, no todos los yugoslavos votaron. El presidente montenegrino Milo Djukanovic, que busca la independencia de su país, boicoteó las elecciones. Mantener unida a Yugoslavia implicará una delicada negociación entre Kostunica y Djukanovic para resolver las desacuerdos entre los dos países. Más importante aún será la elección para presidente serbio y para el Parlamento nacional —convocada para diciembre de este año. Las oficinas del ejecutivo y las Cámaras nacionales cuentan aún entre sus miembros a muchos aliados abiertos de Milosevic. Aunque algunos funcionarios, como el ministro del Interior Vljako Stojiljkovic, que controlaba a la poderosa policía serbia, han renunciado, la mayoría de los cuadros nombrados por Milosevic deberán ser desplazados del poder y el presidente deberá maniobrar para conseguir la elección de políticos genuinamente demócratas a la presidencia serbia y al parlamento. Pero si esto fuera poco, el nuevo presidente tendrá que mediar entre los rijosos partidos que conforman la coalición triunfadora y que desean colocar a sus

miembros en los puestos más influyentes. Sin ninguna experiencia de gobierno, Kostunica deberá hacer decenas de nombramientos sin poner en peligro la modernización política del país y sin convertir a sus aliados en opositores.

Paralelamente al desmantelamiento de la estructura de poder creada por Milosevic, Kostunica deberá resolver la crisis económica abismal que vive Serbia. Una gran porción de la economía está compuesta aún por un sistema estatal ineficiente y el desempleo y la inflación son males endémicos en Serbia. La Unión Europea ha levantado ya parte de las sanciones que pesaban sobre el país y ha prometido una ayuda a corto plazo por dos mil millones de dólares. Sin embargo, la ayuda externa no resolverá los graves problemas del país. Para retomar el curso de la historia que trunció la conquista otomana, Serbia deberá emprender una modernización sustentada en sus propios recursos.

— ISABEL TURRENT

## CINE

### *Ripstein y las mentiras piadosas*

El 30 de septiembre al mediodía llegaban los cables con la nueva: la película de Arturo Ripstein, *La pérdida de los hombres*, se llevaba la Concha de Oro y el premio al mejor guión en el festival de San Sebastián, España. “Qué bueno”, dirían algunos. Para muchos, era un premio anunciado, previsto: no lo dice la ingenua vanidad de que este haya sido un buen año para el cine mexicano en los festivales internacionales, desde el paso de *La ley de Herodes* en el Sundance hasta un par de premios rusos para *En el claroscuro de la Luna*, sin que se pueda superar el premio de la crítica en Cannes para *Amores perros*. En rigor, es un cine que no consigue mellar aún el Olimpo festivalero (esas Palmas de Oro buñuelianas, esos Osos berlineses que se niegan a volver), pero que tampoco cede terreno, faltaba más. De hecho, a San Sebastián iba Ripstein con otra carta, *Así es la vida*. Pero si suena a

insólito que un director se dé esos lujos, es porque no se conoce la carrera de Ripstein, una paradoja política mantenida durante 35 años y 24 largometrajes y que no deja de dar sorpresas.

Sus abundantes panegiristas hablan de lo que parece obvio: en un afán creativo incontenible que le ha hecho un sobreviviente a su generación, de la que ya no queda nadie: Arturo Ripstein es un cineasta con una puntería política notable para hacer los movimientos necesarios no sólo para filmar continuamente en una industria que desaparecía mientras él acumulaba títulos, sino para hacer olvidar sus fracasos, que, siendo mucho más abundantes que sus aciertos, una bandada de jilgueros se encargan de justificar o disimular: es ya una diversión particular en cada festival internacional donde participa una película de Arturo Ripstein leer los cables que mandan de allá los “chicos de la prensa” oficial mexicana (“Cannes ovaciona de pie a Ripstein”, “Ripstein levanta el nivel del festival”) para que, al final, el premio sea para otro jamás consignado por los atentos reporteros. Contradicciones del jurado, sin duda.

Ripstein es un director de aciertos menos frecuentes de lo que su fama mundial pregona: su debut con *Tiempo de morir* (1965) anunciaba mucho de lo bueno que iba a desplegar después, sobre todo el saber atenerse a un excelente fotógrafo (Alex Phillips) y a un guión, en ese caso el mejor que ha escrito Gabriel García Márquez en su vida. En sus primeros años, era un director con más intuiciones que ideas, con peores ideas (pretender actuaciones bressonianas en Jorge Luke en *El Santo Oficio*) que audacias. Al campanazo de *El castillo de la pureza* (1972), que no faltó quien calificara en su momento de “la primera película perfecta del cine mexicano”, siguió el primer bache tremendo, *El Santo Oficio* y *Fox Trot*, caprichos que hubieran costado la carrera a otro menos apuntalado. Pero de inmediato corrigió su imagen con sus dos obras legendarias, *El lugar sin límites* y *Cadena perpetua*. La primera no ha resistido el paso del tiempo tan bien como la segunda.

La anécdota no fluye, las actuaciones se sienten demasiado disparejas, las costuras se advierten entre cada episodio. *Cadena perpetua* mantiene toda su fuerza, pese a la amanerada actuación de Narciso Busquets como el judicial corrupto.

Eso bastó para que sobreviviera a su siguiente etapa, infestada de bodrios tan graves que Manuel Puig exigiría que eliminaran su crédito de guionista en *El otro*, y *Rastro de muerte* no encontraría siquiera paso a la cartelera; y ahí se amontonan con *La tía Alejandra*, *La ilegal*, *La seducción* en una década de fiascos que hubieran hundido, de nuevo, a otro que no fuera Arturo Ripstein. Su triunfo no era mantenerse a flote, sino encontrar que le celebraran su mera permanencia, una cuestión de actitud ante un cine burocratizado, espantado de su propio declive: sólo alguien que ha armado una coraza que le aísla del cine mexicano mismo se alcanza las puntadas de Ripstein recibiendo el premio Ariel por, si no me falla la memoria, *El imperio de la fortuna*, y, en lugar de agradecer, reclamar al presidente de la República porque se han tardado en autorizar el financiamiento de su siguiente película (*Mentiras piadosas*) y, al mismo tiempo, demandar legalmente a un crítico de cine alegando que sus comentarios eran la causa de que hubiera dejado de filmar (aunque estuviera de los más atareado dirigiendo telenovelas).

Y era el inicio de su última etapa, la del Ripstein al que ya no le importaría si sus películas no se estrenan jamás (a *Rastro de muerte* hay que agregar su versión de *La mujer del puerto*) o el público mexicano se muestra indiferente por sistema a una genialidad cada vez más cantada en Europa. Porque la meta es Europa: vender destinos atascados, miserables incapaces de salir de situaciones imbéciles que llevan a tragedias falsas: el tercer mundo engendra tarados que apuestan todo a una maqueta de la Leyenda de los Volcanes (*Mentiras piadosas*), un hijo que no ata ni desata ni poniéndole la vida en bandeja (*Principio y fin*), una artista que nunca hace arte por entregarse a la bebida y que la mamá la cachetea (*La reina de la noche*),

unos santones que reclutan fieles babosísimos enredando los Evangelios con Hollywood, quizá el mejor hallazgo del último Ripstein (*El Evangelio de las Maravillas*), unos compadres que matan a otro discutiendo en un juego de beisbol (*La perdición de los hombres*). Predecibles como relojes, los guiones de Paz Alicia Garciadiego mostrarán parejas sacadas de un *talk show*, madres fregadas hasta la insensibilidad, que dejan a su hija en un rincón, como bulto (*El imperio de la fortuna*), o abandonan a su hijo para irse con un galán infame (*Profundo carmesí*) o de plano se vuelven filicidas (*Así es la vida*); curioso, los padres no figuran mucho... con eso de que don Alfredo Ripstein sigue produciendo.

Arturo Ripstein ganó de nuevo en San Sebastián: ya en 1978 se había llevado una mención especial por *El lugar sin límites* y en 1993 la Concha de Oro con *Principio y fin*, y en el interior de lo que queda del cine mexicano ya no reinó la alegría. Cineastas, guionistas, técnicos no pueden ver en ello un reconocimiento al cine mexicano. Arturo Ripstein es una isla errante, paseando un México sin esperanzas como souvenir para un mundo caníbal.

— GUSTAVO GARCÍA

## CRÓNICA

### *La selva celular*

Las crónicas originales, como los buenos relatos, también comienzan en un lugar definido. El autor, si busca su suerte y se mantiene atento a los detalles, avista algún hecho único, incluso un incidente trivial pero singular, y a partir de ese momento empieza a trazar un mapa que se despliega a medida que la crónica —y con ella el mundo que la circunda— sigue su curso. El género reclama aventureros probados, cazadores con tino infalible a la hora de apuntar y reducir a la anhelada presa: la mueca insolente que delata el carácter de una ciudad y sus habitantes; el sitio nodal donde se inicia un recorrido que podría extenderse hasta cubrir el orbe entero; la descripción del

primer contacto con un ujier impertérrito y chinesco, un personaje en apariencia insignificante pero indispensable para adentrarse en el primer círculo del poder. En su carrera contra el tiempo, la crónica de garbo logra erigir un mundo de múltiples e inesperadas ramificaciones —si es que el cazador está decidido a dar en el blanco.

De entrada me declaro inapto para provocar semejantes vendavales, incapaz de mantener el aliento necesario para evitar un desastroso naufragio en las encrespadas aguas del periodismo. A diferencia del memorable Napoleón de Notting Hill y su eficaz incursión en la política londinense, cualquier intromisión personal en el género de la crónica devendría en un ejercicio fútil y ciertamente ridículo. Renuncio por lo tanto a proclamarme cronista de Londres, la ciudad absoluta por excelencia, una especie de mujer barbuda —que diría Juan Villoro— dispuesta a todo y a ofrecer prácticamente de todo: la quietud budista de sus parques; la vertiginosa espiral de violencia urbana que de forma invariable irrumpe en la noche de Picadilly; la exquisitez arquitectónica de las zonas residenciales de tiempos de la reina Victoria; el inframundo suburbano que los ingleses todavía llaman, con delicadeza de épocas pasadas, East London. Una ciudad tan extendida hacia los cuatro puntos cardinales que, a decir de uno de sus más prestigiados biógrafos, el novelista Peter Ackroyd, impone a sus habitantes ciertas restricciones geográficas, como por ejemplo pasarse la vida entera deambulando en el mismo barrio, entre la misma gente, visitando los mismos pubs, cafés y librerías.

En todo caso, una crónica londinense podría iniciar en un lugar definido: los esplendores de Chelsea y Kensington (aunque después de las magníficas crónicas de Cabrera Infante incluidas en *El libro de las ciudades* no queda mucho que decir sobre el tema más que torpes balbuceos); la magnificencia de la nueva Tate Gallery y el fiasco del Domo del Milenio, tan imponente como inútil, que casi le cuesta el puesto a Tony

Blair; la belleza indescriptible de Hampstead y del bosque que lleva su nombre, un barrio situado en las alturas de una arbolada colina que cumple las veces de faro marítimo y que ilumina la oscuridad de Londres incluso en los días soleados. Un dato que ningún aspirante a cronista puede pasar por alto: Londres es una ciudad llena de historia, el paraíso de los historiadores de las mentalidades y de la vida privada. En Hampstead está la casa del poeta John Keats, hoy convertida en museo y donde regularmente se organizan coloquios y recitales de poesía. Mi personal aversión por el movimiento romántico y sus lamentables derivados —ya perdí la cuenta

de las enemistades que me he ganado a lo largo de los años por sostener semejantes opiniones— resultó aun más fuerte que mi espíritu de excursionista: la casa del prócer me pareció más bien un lugar insulso, el sitio idóneo para escuchar los lamentos que los poetas locales presentan como poesía contemporánea.

En mi intento por seguir fielmente el canon del género, una crónica sobre Londres también podría arrancar no precisamente en un lugar definido, pero sí con la alusión a ciertas expresiones típicas que engloban, en unas cuantas letras, una parte considerable del universo cultural londinense. “Cockney”, por ejemplo, expresión peyorativa que designa una jerga particular, así como cierto rango social. Me disgusta la presunción del discurso sociológico; acaso me resta decir que “cockney” proviene del latín *coquina* (con lo cual tal vez en el pasado el oficio de cocinero garantizaba al practicante un salario de miseria); más no puedo decir porque la lingüística, como la crónica, no es lo mío.

Para fortuna o desventura del aspirante a cronista, una crónica londinense podría igualmente comenzar con la narración de algún hecho preciso. El reciente ataque a los cuarteles del MI6 —el servicio de inteligencia más afamado del mundo— en pleno corazón de

Londres, perpetrado con un lanzagranadas que cualquier mortal puede comprar por unas cuantas libras en el mercado negro; o bien la detallada evocación del inicio de los bombardeos alemanes en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, pasados sesenta años exactos del siniestro que puso en jaque la existencia misma de la ciudad y del centro neurálgico del último de los imperios.

Los intentos de escribir una seudocrónica se agotan, sobre todo si el autor no es un corredor de fondo. Por lo tanto, ha llegado el momento de mandar al diablo este fallido intento. De Londres, y esto es esencial en términos



Londres, ciudad absoluta

estrictamente personales, solamente puedo decir que mi ingenuidad me llevó a creer que tras dejar la Ciudad de México podría deshacerme de mi teléfono celular, servicio que considero, dicho sea de paso, sumamente prácti-

co y útil. Mi primer error consistió en pensar que no volvería a escuchar el “Nokia Tune” durante una buena temporada. En esta ciudad, los celulares suenan hasta en los sueños, al menos en los míos, y no hay transeúnte que pueda atender una simple pregunta —del tipo “¿cómo llego a Russell Square?”— mientras conversa por su teléfono portátil, cosa que sucede las 24 horas del día. En Londres, ciudad absoluta, ese viejo adagio que reza “preguntando se llega a Roma” resulta inoperante a menos que la pregunta en cuestión se haga desde un celular, esperando desde luego que al otro lado de la línea (en este caso la señal) alguien esté dispuesto a contestar. Dicho lo cual, puedo afirmar que mi lección fundamental como aprendiz de cronista fue la siguiente: la inocencia es enemiga de la crónica. Mi segundo error todavía está por llegar: comprar un teléfono celular en lugar de un buen paraguas, dos artefactos indispensables para sobrevivir en esta isla. —

— BRUNO HERNÁNDEZ PICHÉ